

sí mismo y, protegiéndose por la almohada, se atrevió a otear al exterior de su inocente escondrijo.

La criatura, lenta y de impresionante tamaño tenía ya un pie fuera del armario. Debía medir, por lo menos... ¡cincuenta metros!, un gigante cuya cabeza rozaba el techo. Al menos esa era su apariencia. A pesar de la falta de luz, Luis podía verle muy bien, pero perdiendo el recuerdo a la vez que se formaba, como si un embrujo le protegiese de toda mirada. Sí, intuía sus largos cabellos canosos que caían de su sombrero gastado, la barba enmohecida, unos ojos inquisitivos y juguetones, un enorme saco que colgaba a su espalda —¿qué contendría?, se preguntó nervioso— y en sus manos, sucias y amenazadoras, había algo, un algo pequeño, nervioso y peludo, un algo que le miraba a través de dos ojillos oscuros: un cachorrito de alguna raza bastarda de perro.

—Hola Luis —saludó el desconocido educadamente—. Buenas noches.

¡Sabía su nombre! El niño tragó saliva y observó al forastero sin mover un músculo, congelado de cuerpo y mente.

—¿Cómo estás? —continuó. Su voz era aterciopelada, suave y muy bella, algo inusual e inesperado, puesto que por fuera era igual que un... ¿un qué? ¿cómo era? Ya lo había olvidado—. Te he traído un nuevo amiguito —alargó una de sus manazas y, sentado sobre su palma, el perrito inclinó la cabecita hacia un costado, mirándole a través del largo pelaje que le caía por delante—. Sé que te gustan los animales, en especial los perros, ¿verdad? Pues ésta será tu nueva mascota. Nació hace poco y carece de nombre y de un hogar donde vivir. ¿Te gustaría dárselos tú, Luis?

El niño asintió débilmente.

—¿Cómo quieres llamarlo? Tienes que darle un nombre y así se acercará hasta ti cuando le llames.

—Mi mamá... —le costaba articular la menor palabra. Lo intentó de nuevo y, luego, una tercera vez. Su voz era un hilillo de sonidos que nadie hubiera podido escuchar; pero, sin embargo, el hombre no encontró el menor problema para entenderle—: Mi mamá no me dejará quedármelo. Dice que los perros podrían hacerme daño.

—Tu mamá sólo piensa en lo que es mejor para ti, pero, ¿tú crees que este pequeñín podría hacerte el menor daño? —mientras hablaba, acarició la coronilla del perro que pareció complacido.

Luis movió la cabeza negativamente.